

Rosa

Ernesto Campos Flores

Image not found.

# Capítulo 1

## ROSA

¡Platzzz! Suena adolorida la nalga firme y sobre aviso de Rosa mientras la derecha todavía duerme. ¡Platzzz! La derecha gime su sonido de plancha lisa y metálica en su atropellado despertar. Ahora las dos nalgas, rojas de rubor, involuntarias se acercan y se alejan la una de la otra por voluntad de la mano dura y aceitosa que las domina. Rosa yace tendida, de cara a sus raíces, con su cuerpo desnudo y plano desdeñando el techo, sintiendo el bamboleo de las olas divididas y gelatinosas que sus nalgas sufren pero que ella disfruta. Disfruta no es la palabra, resiste por obligación de mantenimiento para no tener que lidiar con dudas y culpabilidades, para que los espejos todavía le devuelvan a la Rosa que ella conoce pero que teme perder. Sus células oprimidas vomitan un sudor amarillento y brillante al paso de la aplanadora, que viene y va... y Rosa se llena otra vez de seguridad o quizás de valor. Una diminuta cortadora de hierba le arranca la maleza obstinada de la piel hasta donde no crece el vello, y Rosa escoge pensar que los minutos ya gastados también así se retroceden en el tiempo. La banca del país le permite castigar sus nalgas, llenando sus vacíos con sesiones de distracción y vanidad. Y Rosa es buena, pero no entiende por qué está sola. Sola, con casi cincuenta por ciento del recorrido. Rosa empresaria, Rosa niña. Su papá la dejó. ¿Estará buscando a su papá? Asertiva en posición fetal. Sabe que el dinero no compra la felicidad, pero no quiere culpar al dinero. Y Rosa es buena. Se obsesiona con el orden y mira los detalles, se regala cosas caras: se demuestra su capacidad de ordenar su vida y se premia. Su sola silueta le hunde la cama, recordándole. Por ello se aferra a cualquier desconocido con problemas: sapos anchos y verdosos con porte de príncipe. No sabe pensar en estadísticas, no le interesan las probabilidades. El viejo, sustituto de su papá, la lleva de la mano y el mundo piensa que ella es la que se burla de él. Tacónes altos la alejan de su incertidumbre, ropa ceñida le soluciona la gravedad y gafas de moscardón le permiten esconder por un segundo sus reacciones antes de librarlas. Rosa ha ganado muchas batallas, pero siente que esta ni siquiera la ha podido iniciar, que todavía no ha podido mostrar su rango. Mientras, sus billetes la hacen ganar, ascendiendo en su propia y desolada jerarquía interior que los demás no ven. Rosa es buena, de nalgas firmes. Se las he visto, impedidas de vaivén, como a un metro del taconeo, como a sesenta centímetros del más emprendedor de sus folículos pilosos. Sal marina y Capresa, pulpo, Malbec pero Merlot, cigarros puros, en lugares selectos el vino se agarra así... Así se pica la cebolla, bien finita, en la madrugada, para que rinda, para que a su mamá la sigan queriendo por su comida, casera y barata, para que ellas estudien, para que todas coman... Y Rosa despierta sola no sabiendo si el pasado es el presente, pero se tranquiliza al ver la decoración minimalista. Sí, ella posee todo de lo que puede, y nada de lo que no. Suena el timbre y rápidamente descarta un posible

equilibrio divino de las cosas, que le quita de lo uno porque tiene mucho de lo otro. Ya amaneció. Es la masajista, la que le aplanas las malas ideas, la que la provee de un lugar competitivo en el reino animal, la que con sus manos le usurpó su silla al mismísimo Newton para reafirmarle a Rosa que la caída de su perfil no es tan grave como el de la mujer del espejo. Rosa le muestra los dientes blancos a la otra en señal de supremacía, pero la otra percibe que su sonrisa no es real. La masajista le da la razón a Rosa. La empresa de alguien hoy sufrirá un siniestro y Rosa le calculará las pérdidas. También calculará su ganancia. Cosa fácil, rutinaria. Nada como negociarse a solas el propio equilibrio interno.

19 de Abril de 2012